

EL LUGAREÑO

Por Angel C. Betancourt

El Figaro.

FUE ese grupo (1) el campo de acción de un hombre que al parecer surgió de él, cuando en realidad fué su sostén; del propulsor de todos los adelantos, del mantenedor del noble espíritu de su pueblo, del que le llevó luz y ejemplo: de "El Lugareño". Pláceme más designarlo con este nombre que con el propio—Gaspar Betancourt Cisneros—no sólo porque con él era conocido en todo el país, según expresión de Saco, que prefería llamarlo así, sino porque con él es amado y venerado por

sus paisanos, y porque ese nombre me lo representa en su labor pública con personalidad distinta de la del deudo bien amado, estrechamente unido a mí por el cariño y el respeto; como el hermano, como el amigo íntimo, como el confidente, como el maestro y correligionario que fué de mi padre y de aquél otro que en mi orfandad vino a hacer sus veces para conmigo. "El Lugareño" es para mí el que debe ser para todo camagüeyano, y al nombrarlo así nunca me acuerdo de que es el mismo Gaspar cuya diaria visita al hogar de mi infancia era esperada por mí con impaciencia y recibida con encanto; con ese sentimiento que él como nadie supo despertar en los pequeños—niños e ignorantes—que, incapaces de comprender la grandeza de su obra, sentíanse no obstan-

(1) Se refiere a la Diputación de la Sociedad Patriótica, de que venía tratándose en los párrafos precedentes.

te penetrados de aquella simpatía singular que emanaba de su persona envuelta en el inimitable gracejo de su conversación, amable para con todos, y de su indulgencia infinita. Hago estas manifestaciones porque es mi propósito que en estas líneas no se vea nada que pueda revelar mis afecciones personales; las escribo como cubano, no como principense; expongo lo que sé de mi pueblo como si se tratara de otro pueblo cualquiera, acallando hasta el natural sentimiento de satisfacción que en mi ánimo pueda despertar el recuerdo de los merecimientos de mis paisanos.

Ocurre con "El Lugareño" lo que con casi todos nuestros hombres notables del pasado: su figura se va esfumando, perdiéndose las líneas de su contorno, olvidándose o confundiendo su obra; y muy pronto tal vez—lo digo con dolor, no por él, sino por todos—, quede de ellos tan sólo el nombre en la memoria de los cubanos.

Para algunos, "El Lugareño" fué un patriota conspirador contra la tiranía española; para otros, un rico hacendado antiesclavista; para otros, un... escritor de costumbres; para los más el iniciador del primer ferrocarril en Cuba. En efecto, fué todo eso, porque fué algo más: fué el Camagüey de su tiempo, un pueblo hecho hombre, con todas sus virtudes, con todos sus anhelos, con todas sus aspiraciones y con todas sus luchas. De 1830 a 1866, no se concibe en Camagüey obra realizada ni aspiración concebida en el fondo de la cual no esté la inteligencia o la mano de ese hombre; su biografía, si alguna vez llega a escribirse, será la historia del progreso local de su pueblo en aquel tiempo. Discípulo, aunque creo que no alumno, de Varela; amigo querido y respetado de todos los cubanos notables de su época, desde su oscuro rincón contentió en filosofía con Luz y Caballero y en política con Saco; el primero llegó a calificarlo de "patriota a toda prueba, que todo se vuelve hidalguía y buena intención", en aquel memorable artículo en que cooperando a la defensa que el "modesto Lugareño" hiciera del padre Varela, dijo de éste que "mientras se piense en la isla de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero a pensar".

"El Lugareño" fué para Camagüey un hombre único: su influencia se hizo sentir en todos los órdenes de la vida de aquel pueblo, a pesar de las prolongadas y frecuentes ausencias, forzosas casi todas, que le mantuvieron alejado del mismo. Muchas veces he pensado en sus aptitudes y sus obras comparativamente con las de otros cubanos notables de otras regiones de la

isla, y siempre he observado que su influencia personal, sola, equivalió a la que en conjunto todos aquéllos ejercían, según sus aptitudes y empeños, en las múltiples esferas de la vida pública. Aunque su arma de combate preferida, fué la prensa, sin duda, porque, como él decía, "el PÚBLICO asiste a las cátedras y aprende en los libros; el PUEBLO asiste a los talleres y aprende en las gacetas"; fué a la vez maestro, orador, político, publicista, agricultor, economista, conspirador, y sobre todo, amigo práctico y desinteresado benefactor de las clases desheredadas. No puedo negar, sin ser injusto y sin contradecir mi tesis, que tuvo colaboradores eficaces que le comprendieron y le secundaron, entre los cuales debe recordarse a su primo Salvador Cisneros Betancourt, por muchos confundido con el Marqués, dada la coentidad absoluta del nombre, a veces atribuyendo al último acciones del primero que la crítica histórica no podría explicarse, si desconociera la existencia de tan benemérito patricio, sino otorgando a su esclarecido homónimo el don de ubicuidad o una existencia más que centenaria; a don Ignacio Agramonte, juriconsulto notable, tronco de una familia de patriotas camagüeyanos, y al injustamente olvidado don Manuel Emiliano de Agüero, ciudadano ejemplar que en vida fué admirado y querido por sus paisanos, que convirtieron su entierro en una apoteosis, como antes nunca se viera y que después solamente puede compararse con la del propio "Lugareño", y con la del Marqués; pero a pesar de la grandeza y de los merecimiento de esos y de otros muchos de sus coetáneos que contribuyeron a ahogar el estrépito de las malas pasiones que en torno suyo, como en el de todo lo que sobresale, se agitaban, y a hacer fecunda su labor, la acción de "El Lugareño" fué tan honda, tan constante y persistente, que la posteridad atribuye a ella sola el efecto de haber lanzado y mantenido en la senda del progreso a una sociedad que parecía indolente, elevando sus ideales, transformando sus costumbres, sin alterar la base de sus sentimientos. En esto estriba la grandeza de su obra: penetró como ninguno en la conciencia de su pueblo; entró hasta el fondo de su espíritu; desentrañó cuanto en él había de sólido y puro y mostróse avaro en conservarlo; no innovó: depuró. Político perseguido por la tiranía, separatista por convicción, enemigo del régimen y del señor de la tierra, los combatió noblemente con las menguadas armas que aquéllos le dejaron a su disposición; los combatió sin rencor ni intransigencias, pero sin debilidades ni desmayos; enseñó a su pueblo a sentir ansias de

1000109

0000110

independencia, pero, más que de independencia, de libertad y de cultura. Jamás servil, fué siempre amante y mantenedor del orden cimentado en el racional respeto a las instituciones que no empece al combate de las mismas. Al propio tiempo que abrió su pueblo al comercio universal sacándole de su aislamiento, le predicó el amor a la tierra, y con su ejemplo tendió a destruir los grandes latifundios, para hacer accesible a cada uno de sus paisanos un pedazo del suelo bendito, que personalmente les enseñó a laborar con amor y a conservar con interés; llevó la cultura a los campos con las escuelas, con los talleres, con los centros de población con que soñó sembrar aquellas inmensas soledades, moderando los egoísmos y procurando estimular la corriente de una inmigración sana y laboriosa. Enseñó con la palabra y con el ejemplo, y cuando quiso suavizar las costumbres que el aislamiento y el origen hicieron ásperas, no fué dómine airado que agitó disciplinas o palmetas, ni se erigió en mentor austero y quisquilloso malquisto con todo lo regnícola y peculiar de su tiempo y de su raza; sino que descendiendo hasta el estilo llano y fácil del costumbrista, presentó a aquella sociedad, como en un espejo, según él mismo decía, "sus jorobas y deformidades", para que por sí misma las apreciara y las corrigiera. Si los camagüeyanos no hubiéramos tenido otro ejemplar—y hemos tenido otros, y otro, (2) para bien de la patria, tenemos aún,—de hombres superiores que "El Lugareño", con ese nos bastaría para que no se nos tuviera en deuda con el progreso común de la patria; pero no es ésta la conclusión a que quería llegar: no entra en mi propósito, ni cabría en los límites de esta carta, exponer ni analizar la obra del "Lugareño"; sólo quieró, al expresar mi juicio acerca de su significación como personalidad sobresaliente de nuestra patria y como personificación del Camagüey de su tiempo, demostrar—porque no creo en genios autóctonos que surgen providencialmente del seno de los pueblos cuando éstos los necesitan, ni en redentores importados—que si la obra del "Lugareño" fué la que fué, y fué fecunda, tal aconteció porque en aquel medio existía la materia prima para ella; porque el Camagüey que lo produjo, y que—pequeñas contrariedades aparte—siguió su impulso era ya, en aquellos días, un pueblo culto.

Angel C. BETANCOURT.

(2) No habrá camagüeyano para quien no sea clara esta alusión; pero el autor se complace en manifestar que se refiere al eximio pensador y patriota insigne Enrique José Varona.

El Tigero


 PATRIMONIO DOCUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA